RESEÑAS

Rodolfo Vázquez, *Del aborto a la clonación. Principios de una bioética liberal*, 2004, México, FCE, 136 p.

El dilema al que se enfrenta tanto el especialista en ética como el jurista es el de ‘o bien [favorecer el desarrollo de la ciencia y la tecnología y] proteger a la sociedad de males desconocidos pero imaginables o bien congelar el desarrollo de la ciencia y la tecnología y privar a la sociedad de bienes desconocidos pero imaginables’:

Ernesto Garzón Valdés

Con base biológica, el fenómeno humano es primordialmente la aventura de la técnica. En el devenir dialéctico, por el que el entorno prácticamente transformado resultará un estímulo para la empresa de nuevas actividades, progresivamente sobrevendrá la autoconciencia y con ella la dimensión del valor, también inexistente en el orden natural. Entre ambos ejes se debatirán históricamente las emergentes cuestiones de medios y fines. La subordinación axiológica del progreso material culminará las utopías del espíritu ilustrado de todos los tiempos.

La filosofía irrumpió indisoluble con su circunstancia concreta: espontánea reflexión viva de los problemas de su tiempo, y la actualidad siempre será medida de su presencia. En figuras ejemplares, como las de Sócrates y Kant, filosofía no es doctrina sino infinitivo filosofar: capacidad para deshacerse de privilegios y temores; es decir, la valentía moral de procurar pensar por sí mismos y el valor intelectual de hacerlo.

La innovación cultural siempre ha sido problema filosófico, pero el asedio de la exuberante innovación tecnológica hoy compromete nuestro imperativo vital con un apremio sin precedentes para el ejercicio intelectual más riguroso.

RESEÑAS

“Tradicionalmente los temas de la bioética han preocupado a los profesionales de la medicina y fueron los mismos médicos quienes se plantearon, de manera poco rigurosa o científica, los dilemas morales. Asimismo, los problemas de la vida y la muerte parecían, por lo general, ser un coto cerrado y exclusivo de los teólogos. De manera un tanto improvisada los legisladores, no necesariamente con formación jurídica y sin ningún conocimiento científico, dictaban leyes sobre la materia. En nuestros días la bioética se ha convertido en un discurso multidisciplinario en el que concurren psicólogos, genetistas, biólogos, químicos, sociólogos, antropólogos y juristas y, al mismo tiempo, en una disciplina filosófica por derecho propio”, explica nuestro autor, al señalar que su propio discurso se inscribe en una perspectiva *liberal* y reconocer que entre los propios pensadores designados con este epíteto no existe un consenso unánime sobre la problemática abordada.

“A grandes rasgos, con este calificativo queremos dar a entender que buena parte de las reflexiones que haremos adoptarán el principio de la autonomía, el de la dignidad de la persona (ambos en las líneas de John Stuart Mill e Immanuel Kant, respectivamente) y el de la igualdad como los principios reguladores de las diversas conductas que se presentan en el ámbito de la medicina y la salud.”

228

En congruente adhesión con los valores cardinales de esta línea de pensamiento, que naturalmente conducirá a la postulación del carácter universal e inalienable de los Derechos Humanos, Vázquez profesa la convicción de que el conocimiento *puede* transformarnos más responsables y aptos para la vida en comunidad.

“Cuando lo que está en juego es un daño relevante a terceros no solamente no se tiene el derecho a la ignorancia sino que uno está obligado a informarse. En tanto agente moral autónomo, cuando una persona decide permanecer en la ignorancia de alguna información relevante, lo que está haciendo es abrir la puerta a la arbitrariedad.”

Al impulso de los prodigios tecnológicos operados durante las tres últimas décadas, la literatura sobre temas bioéticos ha proliferado diversa portadora de entusiasmos, enigmas y temores y en consecuencia perentoria de una ingente labor de síntesis, aunque perfectibles imprescindibles para iluminar la prudencia del acto cotidiano.

“Tal parece que los albores del nuevo siglo o milenio exigirán del estudioso, de manera apremiante, un saber cada vez menos encasillado en compar-

RESEÑAS

timientos especializados y, por el contrario, más atento a esas zonas difusas donde convergen los saberes plurales y especializados.”

Este último libro de Rodolfo Vázquez se percibe como un fruto laborioso y sazonado, dado que una acuciosa labor de revisión y análisis de fuentes diversas concluye en un prudente llamado al entendimiento entre posturas encontradas mediante un diálogo plural en el que prevalezca tanto la mayor información como el sano sentido común y la voluntad de entendimiento, conocedor de que tras la obcecación de la parcialidad sectaria y oscurantista siempre fermenta la violencia intolerante.

“Ni el jurista ni el teórico de la moral pueden desatender las circunstancias reales y complejas en las que se debate la problemática. (...) Como casi todas las que son propias de la medicina, escapa a la posibilidad de soluciones definitivas y exige, más bien, una actitud de ‘equilibrio reflexivo’ que sepa ubicarse (...) en las zonas difusas del pensamiento dilemático.”

En el texto abundan tanto las hipótesis, instrumento indispensable de la especulación científica, como la presentación, interpretación y discusión de ejemplares casos acaecidos en diferentes horizontes culturales, así como las réplicas y derivaciones sustentadas desde diversas posturas modélicas, cierto de la inevitable provisoriedad de todo juicio sobre el devenir de las formas en permanente transformación y de que la temeridad de la cerrazón conclusiva siempre declina favorable a la injusticia por sesgo anacrónico.

Como el autor advierte, ante la imposibilidad de incluir la totalidad de autores y doctrinas por el necesario acotamiento de la edición, inevitablemente ha primado un criterio subjetivo, asimismo en lo que hace a la incorporación de las objeciones posibles. “Sin embargo –concluye– creo que se recogen las que presentan una mayor densidad ética y que invitan al jurista a una reflexión atenta.” En todo caso, siempre se favorece que corresponda al lector pronunciar la última palabra sobre el valor de las ideas, la exigencia irrecusable del libre arbitrio.

Los riesgos e incertidumbres en materia tan delicada exigen la mayor de las cautelas posibles en el debate abierto, advierte Vázquez, al tiempo que abunda con especificaciones de su postura. Piensa que el liberalismo –en tanto salvaguarda de la dignidad humana, estímulo al florecimiento de la autonomía personal y contribución a una mejor convivencia plural entre los individuos– ofrece adecuadas premisas cardinales para una discusión fecunda y quizás la posibilidad de acuerdos razonables que nutran tanto la imaginación como la sensatez del jurista y del legislador.

RESEÑAS

“Su razón prudencial podrá indicarle que los cambios en la legislación se hagan de manera gradual y no radical, a través de una nueva ley que contemple todas estas novedades o de reformas a la ya existente, todo ello dependiendo de las circunstancias históricas y sociales de cada comunidad y de una seria y responsable labor interdisciplinaria en la que juristas, científicos, filósofos y las propias instituciones unan esfuerzos en la formación de una nueva cultura ético-jurídica y científica.”

Inteligencia moderadamente escéptica y voluntad ilimitada son rasgos del humanista; con un realismo que no renuncia a la utopía del entendimiento imprescindible, factible y gradual, pleno de medida, prudencia, sentido común y confianza, concluye Vázquez:

“Reitero, quizás con cierto optimismo, que todo intento de diálogo serio (...) sólo será posible cuando estemos dispuestos a situarnos racionalmente (...) en el terreno fértil de las versiones moderadas, propia de los filósofos en ‘equilibrio reflexivo’ que, al parecer, son las que mejor satisfacen las exigencias concretas de la condición humana.”

Finalmente, persuadido quizá con Goethe de que ‘la mejor teoría consiste en una buena práctica’, dice Rodolfo Vázquez respecto del trabajo que nos ocupa: “Proponer a la consideración del lector un libro de bioética con una perspectiva liberal tiene además un propósito práctico y pedagógico. En este aspecto me propongo contribuir con un punto de vista diverso (precisamente el liberal) al debate nacional mexicano en el que la característica predominante en torno al tratamiento de los problemas de bioética ha mostrado un marcado conservadurismo. Por fortuna en este propósito no camino solo”, reconoce nuestro autor, que al mismo tiempo es artífice de algunos de los principales foros donde se debaten las cuestiones éticas y jurídicas de más reciente generación, como el Seminario Eduardo García Máynez, que desde hace una década anualmente se celebra en esta entidad congregando a buena parte de los interlocutores más capacitados de nuestro medio y del panorama académico internacional; así como de la señera labor editorial de *Isonomía*, Revista de Teoría y Filosofía del Derecho, ejemplo de talento editorial al servicio del quehacer académico, que por su calidad, convocatoria y presencia internacional constituye una de las más distinguidas cartas de presentación de nuestra institución.

Como decíamos, la actividad filosófica no posee una ecología propia sino que le es propio hacerse cargo teóricamente de ‘lo que manda el día’; celebramos esta determinación valerosa y lúcida de Rodolfo Vázquez de

RESEÑAS

afrontar con rigor intelectual, convicción ética y compromiso cívico la infinitiva empresa ilustrada, siempre inacabada, siempre compleja de humanización de los poderes.

Al mismo tiempo, es digno del mayor encomio que florezca en este instituto un ámbito donde se preserve la saludable tradición universitaria por excelencia de cultivar la investigación filosófica –el pensamiento que no reconoce autoridad por encima de su libre ejercicio– siempre amenazada por la aplanadora cerebral de doctrinas, recetas y sofismas obsecuentes con el poder.

Justamente el tamaño de su contribución no ha pasado inadvertido para nuestra mayor instancia en materia de dictaminación epistemológica, que ha otorgado a Rodolfo Vázquez el nivel tres del Sistema Nacional de Investigadores –el único colega de la comunidad itamita reconocido con la máxima categoría.

Tampoco a la experiencia editorial del FCE, que para la primera edición de este libro ha producido una tirada de 5,000 ejemplares.

ALBERTO SAURET
Departamento Académico de
Estudios Generales, ITAM